

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (Josué, 5, 9a.10-12): *Celebraron allí la Pascua.*

Salmo (33, 2-7): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*

2ª lectura (2ª Corintios, 5, 17-21): *Ha comenzado lo nuevo.*

Evangelio (Lucas 15, 1-3.11-32): *He pecado contra el cielo y contra ti.*

La famosa parábola del hijo pródigo o más acertadamente deberíamos decir la del Padre misericordioso. Es un texto tan conocido que hasta los detalles del anillo en la mano o del ternero cebado están frescos en la memoria de todos. Pero ¿por qué cuenta Jesús esta parábola? ¿Cuál es el motivo que le impulsa a contar este precioso relato? Quizá esto nos pase más desapercibido y sin embargo es importante. La respuesta está en las primeras líneas del Evangelio.

A Jesús, sus oponentes, le critican porque acoge a los pecadores y come con ellos. ¡Ah!, entonces se trata de eso, de acoger al que se ha equivocado, de tratarlo como a un igual, de devolverle su dignidad, de misericordia y no de condena. Son muchos los detalles de este largo evangelio; fijemos nuestra atención solo en algunos de ellos.

«Un hombre tenía dos hijos...» y los quería a los dos... y los esperaba con alegría... y salía a su encuentro... y los quería a pesar de su tontería o de su obstinación... y deseaba que los dos vivieran con el alma en fiesta. Y nos sigue queriendo a los dos, a todos...

El soliloquio interior del hijo menor una vez que ha derrochado toda su fortuna y se ve en necesidad es muy interesante. Este hombre se ha parado y reflexiona sobre su vida, sobre sus obras y se da cuenta que se ha equivocado. Y no con un fallo sin importancia, sino que su error ha sido el peor: *“ha ofendido a su padre y a Dios mismo”*. En el pecado del hijo nos podremos encontrar todos, es decir, ninguno somos perfectos. Pero la capacidad de asumir honestamente el propio pecado, reconocerlo y pedir perdón, no siempre es fácil y quizá no siempre lo hemos sabido hacer bien. Así que aquí tenemos un examen de conciencia en toda regla.

Pensamos que no somos dignos de estar frente a Él, que no merecemos ser sus hijos, que tendríamos bastante con que nos deje entrar a su servicio. Preparamos nuestro pequeño discurso, buscamos las palabras adecuadas, disfrazamos nuestro vacío con un barniz de arrepentimiento, mientras Él nos aguarda con infinita paciencia, está ansioso de abrazarnos y llenarnos de besos... Nos avergonzamos de nuestra desnudez y pensamos en como cubrirla, mientras Él nos tiene preparada una túnica nueva, anillos para las manos y sandalias para los pies...

Y sentimos nuestra hambre, esa hambre terrible que no pudieron saciar ni los manjares de la abundancia ni las algarobas de la miseria, esa hambre insatisfecha que nos devora ante la huida de los falsos amigos, esa hambre que nos incita a regresar con la intención de ganar al menos algo si obtenemos su favor, mientras Él nos espera con el banquete a punto, sin necesidad de preguntas ni explicaciones. Porque somos la causa de su fiesta y quiere librarnos de nuestro oprobio y llenarnos de su alegría.

Otro de los personajes de esta parábola es el hermano mayor. Él representa los valores que un cristiano no debe encarnar. Viendo su actitud terca nos saldría decirle: *“No te enfades, perdónale, es tu hermano”*. ¿Quién no ha hecho una cosa mala en su vida y no se ha arrepentido? ¿Vamos a engrosar la lista de hermanos enfrentados por una afrenta que sucedió hace años? Y esto es muy actual, todos lo sabemos. Ojalá que las herencias y el dinero no destruyan más familias ni separen a más hermanos.

También para nosotros, los hijos mayores, los fieles, los que no nos vamos de casa, los que creemos que trabajamos siempre, pero a veces lo hacemos con una mente y un corazón de empleados, no de hijos. También para nosotros es la fiesta. Nuestro Padre nos quiere en el banquete. Nos quiere como hijos.

¿Y el trabajo? Sí importa, pero importa más el corazón, ese corazón que ya eliminó al hermano, porque fue él quien eligió irse; ese corazón que desconoce a *«ese hijo tuyo»* porque vivió disipadamente y malgastó todo... ese corazón también lo quiere el Padre. Y sale de la casa a nuestro encuentro, porque también quiere encendernos en el gozo de la fiesta, también quiere hacernos participar del gozo de recuperar *«a ese hermano tuyo»*, para librarnos de nuestro oprobio y llenarnos de su alegría.

El Padre, el padre de esta parábola encarna el amor infinito de Dios Padre. *«Era preciso alegrarse»*, le dice a su hijo mayor, es preciso celebrar que alguien que estaba perdido y lejos haya vuelto a casa. Esta alegría no quiere decir que la fidelidad del hijo mayor no sea también un valor en alza, para reconocer y agradecer. Claro que lo es, pero solo la fidelidad acompañada de misericordia y amor, no de rencor y desamor.

Dios ha quitado de encima de nosotros el oprobio del pecado y de la muerte. ¿Cómo no llenarse de alegría? ¿Cómo no cantar con el salmista: *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*? Nosotros, como el hijo menor, somos los que nos engolosinamos con nuestros bienes y nos alejamos de su casa, despilfarramos sus bienes y por eso pasando, a veces, hambre y desesperación mientras, Él nos espera... porque quiere librarnos de nuestro oprobio.